

SUPLEMENTO DE EL BIEN PÚBLICO

Núm. 454

Mahón 7 de Enero de 1932

Año VIII

Imprudencias infantiles

La mamá de Dominguito, con otras dos señoras de su intimidad. El Abuelo y el médico, se hallan en la habitación contigua al dormitorio del hijo menor, Alfredito, que guarda cama a causa de un atracción de fruta verde que se dió la víspera.

Y dice el médico:
—Es verdad que uno de los mayores peligros de la infancia son esas imprudencias, muchas veces o casi siempre inevitables.

«Hasta que el niño discurre es inútil decirle que la fruta verde o comida con exceso, hace daño; y gracias si se consigue algo con el escarmiento, porque la niñez olvida fácilmente, lo que le ha molestado, y cede otra vez a la atracción que ejerce sobre él, lo que le brinda pródiga la Naturaleza.

«Y en eso, la inteligencia del niño está muy por debajo del instinto de los animales, que escarmentan siempre, y huyen de lo que les ha dañado una sola vez.

—Entonces, ¿qué recurso nos queda a las madres para evitarlo?

—Una exquisita vigilancia, siempre y en cada momento; pues yo podría contarles infinitos casos de imprudencias infantiles que han costado la vida a algunos inocentes seres.

—¡Cuente, cuente, doctor!

—Actualmente, un inocente juego ha sido la causa de que un hermoso niño sufra horrores.

«Verán ustedes:
«Varios niños jugaban a diligencias, y para ello iba uno subido sobre un cajón con ruedas, teniendo en su mano, a modo de riendas dos cuerdas atadas cada una al extremo de un trozo de caña que otro niño llevaba sujeto entre los dientes, y según el cochero tiraba del de la derecha o del de la izquierda, así era la dirección que tomaba el que hacía de caballo.

«Delante de éste, otro niño iba soplando una trompeta como pidiendo vía libre, y así se divertían los tres muchachos trocándose en cada viaje los papeles con cuidado.

«Por fin le tocó el más aturdido de todos la misión de ir delante tocando la trompeta, a la vez que tiraba de la cuerda que arrastraba el cajón convertido en coche; pero cuando más corría para que la carrera fuese más violenta, tropezó, se cayó de bruces, y el extremo de la trompeta que tenía en la boca fué a clavarse en su garganta, desgarrándole el velo del paladar y produciendo un verdadero destrozo en su laringe.

«¡Qué horror!...
—Quince días lleva en cama y el pequeño no ha desaparecido; y es que se comete un grave delito dejando a los niños sin vigilancia para que se entreguen a sus atrevidas imprudencias, pues existe en la infancia, como en ninguna otra edad, el prurito de sobresalir entre sus compañeros.

«Nosotros los médicos, hemos de luchar no pocas veces contra el testarudo y falso amor propio de los muchachos, que se callan un golpe recibido, una caída, un esfuerzo imprudentemente hecho.

—¿Tiene usted mucha razón?... Así anda cojo mi Antolín, por no haber querido confesar un golpe que recibí en una pelea con otro, y que acabó con el anquilosamiento de una rodilla.

—Y es que muchas madres no están a la altura de su misión, y no saben inculcar a los hijos, desde su más tierna infancia, la práctica de mil y mil detalles que algunas veces son decisivos para su futura salud.

«¿Ven ustedes?... Ahora mismo están cometiendo un crimen de lesa humanidad.

—¿Qué dice usted?

—Lo que oyen. Allí tienen ustedes a sus pequeños hijos gateando por el suelo y babeando en las baldosas, sin tener en cuenta que la atmósfera de las habitaciones está cargada de polvo muy nocivo, pues contiene multitud de impurezas que provienen de las ropas, calefacción, alumbrado, etc.

«Esas impurezas están suspendidas en el aire del aposento en todo tiempo; incluso cuando no parece existir movimiento atmosférico perceptible.

«Porque no deben ustedes ignorar que en el interior de las viviendas hay corrientes que arrastran partículas sólidas o líquidas de gérmenes sin importancia patológica, pero entre éstas no faltan microbios que puedan transmitir las enfermedades contagiosas, y todo ello es capaz de atentar contra la vida de nuestros pequeños.

Convienes saber que de las materias sólidas que existen en el aire, las más pesadas son las primeras que bajan posándose en el suelo.

«Y no hay que olvidar que la zona más cargada de gérmenes se encuentra junto al entarimado de las habitaciones; y de ahí la imprudencia de dejar a los niños pequeños gatear por el suelo.

«Y no sólo en una habitación cerrada, sino en un paseo público, pues estoy cansado de ver cientos de niños trajinando y enredando con la arena, en la que pisamos todos, llevándose a la boca, cuando esa arena puede contener un virus venenoso, arrojado allí, con la saliva de un enfermo o los excrementos de un tísico incipiente; en tanto que la niñera, o la nurse, si lo quieren ustedes más moderno, pasa el rato haciendo calceta o charlando con su novio, en vez de cuidar de los niños.

«Entonces, doctor, diga usted que no vamos a poder vivir?

—¡Hija!... ¡Ni tanto, ni tan calvo que se le vean los sesos!... Se puede vivir, y se vive con tropiezos, pero se viviría mejor si se educara a la infancia enseñándole a refrenar sus impulsos; a tener prudencia, a tener voluntad y a huir de la mentira; no olvidando que el cerebro del niño, desde su más tierna edad, es como la cera blanda en la que quedan impresas las sensaciones que recibe, y que según lo que se siembre en ese dúctil campo así será el fruto que dé más tarde.

«Entonces, doctor, diga usted que no vamos a poder vivir?

—¡Hija!... ¡Ni tanto, ni tan calvo que se le vean los sesos!... Se puede vivir, y se vive con tropiezos, pero se viviría mejor si se educara a la infancia enseñándole a refrenar sus impulsos; a tener prudencia, a tener voluntad y a huir de la mentira; no olvidando que el cerebro del niño, desde su más tierna edad, es como la cera blanda en la que quedan impresas las sensaciones que recibe, y que según lo que se siembre en ese dúctil campo así será el fruto que dé más tarde.

«Entonces, doctor, diga usted que no vamos a poder vivir?

—¡Hija!... ¡Ni tanto, ni tan calvo que se le vean los sesos!... Se puede vivir, y se vive con tropiezos, pero se viviría mejor si se educara a la infancia enseñándole a refrenar sus impulsos; a tener prudencia, a tener voluntad y a huir de la mentira; no olvidando que el cerebro del niño, desde su más tierna edad, es como la cera blanda en la que quedan impresas las sensaciones que recibe, y que según lo que se siembre en ese dúctil campo así será el fruto que dé más tarde.

«Entonces, doctor, diga usted que no vamos a poder vivir?

—¡Hija!... ¡Ni tanto, ni tan calvo que se le vean los sesos!... Se puede vivir, y se vive con tropiezos, pero se viviría mejor si se educara a la infancia enseñándole a refrenar sus impulsos; a tener prudencia, a tener voluntad y a huir de la mentira; no olvidando que el cerebro del niño, desde su más tierna edad, es como la cera blanda en la que quedan impresas las sensaciones que recibe, y que según lo que se siembre en ese dúctil campo así será el fruto que dé más tarde.

«Entonces, doctor, diga usted que no vamos a poder vivir?

—¡Hija!... ¡Ni tanto, ni tan calvo que se le vean los sesos!... Se puede vivir, y se vive con tropiezos, pero se viviría mejor si se educara a la infancia enseñándole a refrenar sus impulsos; a tener prudencia, a tener voluntad y a huir de la mentira; no olvidando que el cerebro del niño, desde su más tierna edad, es como la cera blanda en la que quedan impresas las sensaciones que recibe, y que según lo que se siembre en ese dúctil campo así será el fruto que dé más tarde.

«Entonces, doctor, diga usted que no vamos a poder vivir?

—¡Hija!... ¡Ni tanto, ni tan calvo que se le vean los sesos!... Se puede vivir, y se vive con tropiezos, pero se viviría mejor si se educara a la infancia enseñándole a refrenar sus impulsos; a tener prudencia, a tener voluntad y a huir de la mentira; no olvidando que el cerebro del niño, desde su más tierna edad, es como la cera blanda en la que quedan impresas las sensaciones que recibe, y que según lo que se siembre en ese dúctil campo así será el fruto que dé más tarde.

«Entonces, doctor, diga usted que no vamos a poder vivir?

—¡Hija!... ¡Ni tanto, ni tan calvo que se le vean los sesos!... Se puede vivir, y se vive con tropiezos, pero se viviría mejor si se educara a la infancia enseñándole a refrenar sus impulsos; a tener prudencia, a tener voluntad y a huir de la mentira; no olvidando que el cerebro del niño, desde su más tierna edad, es como la cera blanda en la que quedan impresas las sensaciones que recibe, y que según lo que se siembre en ese dúctil campo así será el fruto que dé más tarde.

«Entonces, doctor, diga usted que no vamos a poder vivir?

LOS CELOS

Es Elisita

niña discreta

una mocita

muy pizpireta,

muy curiosa,

con una cara

retebonita

cuando no grita,

cuando no chillaba,

porque está entonces

hasta feilla.

Pero Elisita

tiene un hermano

que es un muñeco

muy campechano,

más pequeñito

que su hermanita;

por eso siempre

manda Elisita,

y con trabajo

guía los pasos

del renacuajo.

Pero Alfredito

que es pequeñito

y necesita

mucho mimito

causa disgustos

a su hermanita

porque Elisita

es celosilla

y piensa siempre

que no la quieren,

y es a Alfredito

a quien prefieren,

no ve la tonta

que su hermanito,

como es más débil

y más chiquito

y necesita

siempre de todos,

hay que mimarle

de muchos modos.

En cuanto crezca,

como Elisita,

que ya tiene aires

de mujercita,

y con el tiempo

sea Alfredito...

lo que se dice

un hombrechito,

ya no harán falta

mimos y halagos,

y las caricias

y ratinagos

que tienen siempre

los padrecitos

para los nenes

más pequeñitos.

AMANDA

Lo que todos deberíamos saber

En la India occidental crece un musgo trepador, conocido con el nombre de «planta viva», que es en absoluto indestructible, pues aún cortado y dividido en minúsculos pedazos, en cuanto uno de ellos cae en tierra, se agarra en seguida, echa raíces y se desarrolla.

—En las escuelas públicas de Austria se enseñaba hace unos años (y creemos que se seguirá enseñando) a los alumnos a jugar al ajedrez.

—El eco del antiguo palacio de Limonetta, cerca de Milán, reproduce hasta setenta veces el disparo de una pistola.

—Los ojos de los buitres tienen la misma estructura que los telescopios, pues ven los objetos desde una distancia colosal.

—Según un ministro cristiano residente en el Japón, en aquel país se registra anualmente un divorcio por cada tres casamientos. Una enormidad.

—Si el hombre moviese las piernas con una velocidad proporcionada a la de las hormigas, se calcula que podríamos andar 1,500 kilómetros por hora.

—Para la construcción de puertas la madera cubierta de estaño es más sólida que el hierro.

—El oro se puede reducir a hojas tan delgadas, que 250.000 de ellas, sólo acusan 2 y medio centímetros de espesor.

Pronósticos del tiempo

Voy a enseñarte algunos pronósticos, para que tú también puedas ser adivino. Te aseguro que bien empleados, son de gran utilidad.

—Dígame ya, que estoy loco por saberlos.

—Pues óyeme. Para conocer que el buen tiempo va a cambiar en malo, se utilizan con éxito las señales siguientes:

Que las estrellas pierdan su brillo, sin que haya nubes, y que parezcan que se agrandan y están más unidas unas a otras.

Que el viento cambie a menudo.

Que las abejas ataquen a la gente.

Que piquen mucho las moscas, y se hagan más pesadas.

Que vuelvan tarde las palomas al palomar.

Que los gallos canten por la tarde y fuera de hora.

Que las golondrinas abatan el vuelo al ras de tierra o del agua.

Que los topos se afanen a trabajar.

Que los gorriones gorjeen mucho, y llamen para reunirse.

Que los animales, y en especial las ovejas se agarren al pasto más que nunca.

Que se hinchen las maderas de puertas y ventanas.

Son señales de buen tiempo:
Que salgan murciélagos al anochecer, y revolteen al aire libre.

Que graznen los cuervos por la mañana.

Que se reúnan los moscardones antes de puesto el sol, y formen columnas ondulantes.

Que se vean relámpagos, cerca de tierra.

Que el cielo esté limpio de nubes y sin vientos fuertes.

—Ahora si que voy a darne, tonto... Le aseguro a usted que no va a pasar un solo día ni bueno ni malo, sin que yo lo avise... ¡Se le ha terminado al mozo de mi tío dársele de sabio...! Y yo que no tenía fe en la verdad de los refranes y eso que los ponía en juego cada cinco minutos; ¡pero todos me daban un disgusto!

PINOCHIO
SEMANARIO INFANTIL

Publica 16 páginas de amena lectura para niños. CUENTOS, HISTORIETAS ILUSTRADAS, CHISTES, PROBLEMAS, PASATIEMPOS, etc., etc., etc.

Precio 0'25 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER.—Plaza del Príncipe, 17

EL ABUELO

El pez trepador del África, es anfibio y se parece al lagarto

En la región de los trópicos del África Central existe el pez trepador, cuyas características esenciales lo hacen aparecer como muy semejante al lagarto.

Es hijo del mar, en anfibio, lo que quiere decir, que también es hijo de la tierra. Vive en terrenos pantanosos y en los lugares cercanos al mar.

Tiene unos 15 centímetros de longitud y viene a pesar unos quinientos gramos. Posee varios colores, aunque predomina sobre él, el moreno, con pequeñas manchas plateadas y listas azules.

Las aletas las lleva en una forma que lo mismo puede nadar que trepar. Más bien parecen patas. De ellas se sirve para escalar los árboles y las ramas. Es de una gran agilidad y lo mismo come hojas de árbol que viene.

Su terreno favorito es el charco y el agua sucia. Por la noche su escama produce reflejos vívidos y cuando en el mar navega a la superficie, se le distingue perfectamente a trescientos metros, por el fulgor que su escama despiden. Claro es que esto cuando la luna alumbraba en la noche, porque el sol por lo visto no le va muy bien para producir estos fulgores.

PASATIEMPOS

El cepillo no puede arrastrar la moneda puesta en la mano

Un experimento bien sencillo para demostrar vuestra habilidad ante los amigos que reunais para hacer la prueba.

Se trata de un cepillo de la ropa y de una moneda de diez céntimos. La moneda se coloca sobre el dorso de la mano, se coge el cepillo, se hace presión con el fin de barrer la moneda y hacerla caer.

Ante la estupefacción de vuestros amigos, la moneda se quedará en el dorso de la mano y no vale que seáis. Cuando más lo hagais más fija y segura estará la moneda de que no se ha de ir.

Claro, vuestros amigos creerán que tiene trampa, pero esto no lo admitiré. Hacerlo y os luciréis un rato.

La bolsita encontrada en el bosque era la señal para probarlos

Los niños Lolita y Alfredo eran solos en el mundo. No tenían padre ni madre. Vivían con una vieja que les maltrataba y daba muy mala vida.

Los dos hermanos salieron de paseo y llegaron a un bosque oscuro y tenebroso. En él anduvieron trabajando, haciendo leña para la mujer que los tenía recogidos. Cuando ya tenían como una arroba fueron a cargarla y entonces Alfredo exclamó:

—Mira, Lolita, una bolsa con dinero. Esta es nuestra felicidad, El hada que nos protege.

—Esa bolsa debemos llevarla a su dueño. Nosotros seremos pobres pero muy honrados.

—¿Y de quién es? ¿Si no tiene señas el dinero?

FOLLETIN DE "EL BIEN PÚBLICO"

EL HADA ALEGRÍA

—POR—
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(24)

damente, con esa imperturbable serenidad de los criados discretos que parecen no ver nada aunque todo lo advierten.

Rodríguez sirviéndome de cenar, ni habló ni habló. Algo violento flotaba en el ambiente...

A mí me parecía que el fiel criado, en su mutismo, reprochaba mi grosería; y como la conciencia me argüía en igual forma, mi soberbia fustigada se encabritaba como un potro rebelde en manos del domador.

La noche fué mala. Tosí con unos ahogos tremendos. Soñé muchas cosas fantásticas y absurdas.

Al día siguiente me encontraba tan realmente enfermo que, cuando bajé a la capilla para oír misa, las piernas me flaqueaban y la cabeza me daba vuel-

tas... Era día de la Purísima, cumpleaños de mi madre...

Desde el rincón más oscuro del sagrado recinto la ví, recogida y serena, orando seguramente por mí... ¡pobre madre! ¿Oírás su ruego, la santa Virgen que en el altar medioeval guarda el sueño de mis antepasados sepultados a sus pies? ¿Viviré o desapareceré del mundo de los vivos en plena y floreciente juventud?

Cerca de ella, la señorita de Róspide surgía de entre las sombras, pues a las siete es todavía muy oscuro en diciembre y, además, la capillita es subterránea, alumbrada por lámparas que dan un extraño aspecto de catacumba. Llevaba un traje casi negro y apenas sé decir lo que me pareció su figura envuelta en tinieblas, ni su cara oculta por las blondas del velo.

Terminada la misa dejé que saliesen todos y cuando el botón apagó las velas, quedamos solamente, de hijos en el suelo, el cura y yo... Aquel oraba su acción de gracias; yo suplicaba a la Madre Augusta que derramase sobre mí un rayo de bienhechor consuelo...

—Abre la bolsa y cuenta.

Alfredo abrió la bolsa y contempló muchos papeles de colores. Billetes de 500 pesetas, de mil. Una fortuna. Entre aquello había también un papel con una inscripción. Todo el dinero pertenecía a doña Concha Sales, en la calle del Obelisco, 14.

Y Lolita propuso dejar la leña y marchar a casa de la señora. Así lo hicieron. La buena dama contempló el rasgo de los pequeños. Los pobres tenían cara de hambre. Sus ropitas, enseñando la carne. Una verdadera calamidad.

La buena señora agradeció mucho el rasgo y en vista del comportamiento de los muchachos y de su honradez, dispuso que se quedaran en la casa, vivir con ella.

Y por donde resulta que aquella buena hada, les puso el dinero en las manos, para probarlos. Y como eran honrados, ganaron más con hacer entrega del dinero que si se lo hubieran quedado.

Alfredo y Lolita han dejado a la vieja que les mataba de hambre y de trabajo y hoy son dos niños señoritos que van al colegio y al cine y se harán próximamente dos personajes.

LA FÓRMULA DEL DOCTOR CONSISTÍA EN UNOS POLVITOS PARA CURAR LA PARÁLISIS

Pero al echarlos en la olla hirviendo por error, dieron vida a las patitas de cordero.

Fué un día de angustia para doña Carmen aquel en que el marido amaneció inmóvil en la cama, atacado por una parálisis general. Llamados los médicos, éstos apelaron solícitos a todos los recursos de la ciencia, consiguiendo, felizmente, localizar el mal, reduciéndolo a la inmovilidad de la parte inferior de la pierna derecha.

El pobre ingeniero, Macía era, en cambio, quien no podía resignarse a tamaña desgracia. ¿No existiría, por ventura, algún remedio para semejante mal? ¿Tendría él, tan joven, que pasar el resto de su vida arrastrando, como un muñeco, aquella pierna floja, inerte, inútil? ¿Sus nervios no reaccionarían más en aquella parte, tomando la antigua fuerza, la antigua movilidad.

Esperando en un milagro el desventurado enfermo empuñó un día el bastón en que se sostenía, se metió el sombrero en la cabeza, y tomando un taxi que pasaba dirigióse al consultorio del doctor, donde relató claramente su caso.

—Eso no es nada, amigo, eso no es nada— a seguróle el viejo facultativo—. Voy a recetarle una fórmula que ha de curarle dentro de una semana.

Enseguida garabateó una receta y explicó, entregándosela:

—Este es un polvo que deberá poner en la comida. Cada dosis servirá para una vez. Creo, sin embargo, que no tendrá necesidad de repetir la receta. Con una caja usted quedará enteramente curado: los nervios se vigorizarán y la pierna, que ahora arrastra, se enderezará sobre sí misma.

Llegando a su casa, el ingeniero Macía, a quien la parálisis turbaba algo el entendimiento, en vez de esperar el almuerzo para echar la dosis en un plato, llamó a la esposa y ordenóle:

—Oye, Carmen, este remedio es para echar en la comida. ¿Qué es lo que vamos a almorzar hoy?

—Patitas de cordero a la vinagreta.

—Pues bien: cuando esté la comida hirviendo, derrama dentro de la cacerola el contenido de esta caja.

Obediente, la señora cumplió la orden del marido. Cinco minutos después, sin embargo lanzó un grito de horror, agarrada al fogón. Asegurándose a las paredes, Macía llegó, alarmado, hasta la cocina y quedóse aterrado.

¡Eran las patitas de cordero que empujaban, con fuerza la tapa de la cacerola, intentando salir!

—¡Pero, Dios mío! ¿Qué es esto? se dijo él. —¿Será posible que los polvos recetados por el doctor tengan la virtud de dar vida a las piernas muertas del pobrecito cordero que en la olla estaban hirviendo?

No cabía duda. Los polvos del doctor habían sido la panacea, la piedra de toque que resolvería su mal pertinaz. El descubrimiento le colmó de júbilo. Sus exclamaciones de alegría, no tenían límite. Para él, enfermo, sin humor, el descubrimiento le acercaba a la felicidad. Iba a ser un hombre nuevo, dueño de sus movimientos, hasta ahora secuestrados por aquella parálisis fatal.

—Hoy convino a todo el mundo. A ver Carmen, manda por un taxi. Nos vamos a celebrar esta ventura.

ORTIZ DE DANIEL

CURIOSIDADES

El aceite de oliva es un excelente tónico para las personas débiles.

Las serpientes pitón, que hacen la huelga del hambre cuando están en el cautiverio, son alimentadas a la fuerza por medio de un tubo que se llena de trozos de carne y que se empuja hasta la garganta del reptil con ayuda de un rodillo.

CURIOSIDADES Y COSAS AMENAS

Curiosidad poética

A LA LUNA

Cándida luna, que con luz serena del espacio los ámbitos dominas y el horizonte lóbrego iluminas de pompa, majestad y gloria llena, ¿Sientes acaso la amorosa pena y a la mansa piedad, dulce te inclinas, que a eterna desventura te condena? Parece que me escuchas y parece que en gloria y paz y amor y venturanza, tibia, modesta, fugitiva luna, tu faz en dulce lumbre resplandece; y entre el vago temor y la esperanza constante duras, sin mudanza alguna.

Aunque a primera vista la composición no es nada notable, tiene en sí el mérito de que cada uno de los catorce versos pertenece a una composición de otros tantos poetas castellanos. El primer verso es de don Fernando de Herrera; el segundo de Quintana; el tercero, de don Saturnino Martínez; el cuarto, de Cadalso; el quinto, de Ramón de Palma; el sexto, de Manuel Arjona; el séptimo, de Lope de Vega; el octavo, de autor anónimo; el noveno, de don Francisco de la Torre; el décimo, de Espronceda, el undécimo, de Zorrillo; el duodécimo, de Roldán;

el décimotercero, de Martínez de la Rosa y el décimocuarto, de Luján.

"Meneo" amable

En el Japón, cuando una representación teatral no gusta a los espectadores, éstos vuelven la espalda a la escena. Entonces el telón cae y el público abandona en silencio la sala.

Tenía razón

—¡Hombre! Cada vez que me hablas no dices más que tonterías.

—Es que es la única forma de entenderme contigo.

Periodismo moderno

La concisión es el alma del periodismo moderno. A un repórter que se iniciaba en la profesión le dijeron que nunca escribiera dos palabras cuando bastaba con una.

Nuestro héroe aprovechó el consejo y la primera noticia que redactó la hizo en la forma siguiente:

«Juan Pérez encendió un fósforo para ver si había nafta en el tanque de su automóvil. Había, Edad, sesenta y cinco años; no estaba asegurado».

SALDO DE CHISTES MALOS

—Me han dicho doctor, que da usted una comisión a todo aquel que le lleva a su casa un enfermo.

—Sí, es cierto. ¿Dónde está el enfermo?

—El enfermo soy yo, doctor.

Estaba el pobre viejo muy fastidiado de sus dolores reumáticos cuando llega el doctor y después de reconocerle le dice:

—Eso es dolores de su pierna derecha, son causa de la vejez.

—¿Si? pues ya ve usted. La izquierda es tan viejecita y sin embargo, no me molesta la pobrequita.

Un baturro se presenta en la lista de Correos a recoger su correspondencia. El empleado le interroga:

—¿A nombre de quién?

—No sea usted tonto, hombre. Mírelo y lo verá escrito en el sobre.

Ricardo juega al tresillo y comete varias torpezas. Como éstas se repiten, al fin exclama, indignado:

—Soy un Godínez.

Pero Godínez, que está de mirón, le contesta furioso:

—Es usted un imbecil.

—Eso es precisamente lo que yo quería decir.

En un exámen de medicina.

—Un caballero está enfermo, padece de neuralgia, y usted va a visitarle como médico. ¿Qué le ordenaría usted para calmar los dolores?

—Un calmante.

—Muy bien; y después, ¿qué le mandaría?

—¡La cuenta!

Imp. de Manuel Sáenz Rotger. —Plaza del Príncipe. 17

Salí antes que el señor Cura, y ya en mi cuarto, me tendí en la cama y dormí un sueño de cuatro horas reparador y confortante. Cuando desperté era ya pasada de mucho la hora del almuerzo y huí de tomar algún alimento en mi cuarto.

Fuí después a felicitar a mi madre y tuve la suerte de no hallar a Gloria en sus habitaciones, conforme lo temía. Me dijo mi madre que aquella tarde había varios invitados para la comida...

Ardieta, el Juez, con su familia, el Cura, el señor de Prats con su hija, que es una preciosa lugareña salvaje, pero muy bonita, muy simpática, y algunos antiguos amigos de mi familia.

Prometí a mi madre que no faltaría y fui de nuevo a la Cámara del Rey para proceder al atavío de mi persona.

El sueño habíame reanimado algo y tenía mejor semblante, pero ¡qué diferencia! ¡qué diferencia del Fernando Cortezo, brillante y alegre que tú has conocido...!

Cerca de las siete serían cuando bajé al salón de los Tapices con el corazón palpitante por una emoción extraña. Encontré la puerta entreabierta

como el día anterior, pero con una diferencia muy notoria, pues entonces podía ver, por hallarse Gloria sentada junto a la chimenea y no junto a la mesita de té que ocupaba el lado opuesto. No se oían entonces las risas de plata, ni las frases armónicas...

Sentada, de espaldas a mí, en una silla muy alta, conversaba muy bajito con Ardieta que enfrente, en mi sillón fraileiro, se inclinaba hacia ella adelantando el rostro, en el cual una emoción muy íntima hacía brillar los ojos con un suavísimo destello. Los otros invitados se oían en el gabinete del tresillo... Estaban solos. ¿Que se dieran en aquel cuchicheo íntimo, al amor de la lumbre acariciadora?

Ardieta oía... La voz de la hermosa musitaba ternezas sin duda y los ojos del galán trezaban elocuentes un adorable y bello madrigal... Empujé la mampara, y entré.

Ardieta vino a mí con los brazos abiertos y después de decirme la misma cariñosa salutación de todos los días, me vió con sorpresa inclinarme ante Gloria ceremoniosamente.

—¿Pero aún no se conocen ustedes?— exclamó adivinándolo todo; y

con un gesto que equivalía a decir... «Pero, ¿ha podido usted aguantarse veinticuatro horas sin venir a adorar a esta hermosa criatura?».

Después, con mucha seriedad, hizo la presentación.

—El señor Conde de Fenollar; la señorita de Róspide.

La miré, cara a cara, temblando de angustia, esperando ver el gesto de compasión en su rostro, y en aquel instante solemne comprendí toda la extensión de mi desgracia, toda la magnitud del amor de mi amigo, el médico, al contemplar aquella admirable mujer...

Quisiera describirla sencillamente y no sé si podré hacerlo. Tiene una belleza precisa y enérgica, casta y ardiente a la vez... Los labios rojos, los ojazos negros, el cabello abundante y ondulado de un matiz castaño, el tono moreno claro de la piel, la dentadura apretada e igual, danla un aspecto meridional y voluptuoso; pero la frente regia y despejada, los ojos serenos que miran con nobleza, la dignidad de su porte y de sus maneras, la corrección exquisita y severa de su lenguaje, dicen que es una muchacha encan-